

LA ETA A LA PUÑETA

*Si los condenas a muerte,
si los matas,
ellos serán los seis clavos
de tu caja.
Los seis clavos de tu vida,
los últimos,
si los matas.
Ellos serán los seis clavos,
los últimos
de esa España
que sólo sabe de muerte,
triste España
que sólo existe en el mundo
cuando de la muerte habla,
cuando sólo
por ti la mano levanta
para matar, pues la muerte
es la vida de esa España.
Pero los mates o no,
tu muerte ya está cercana,
ya estáis muerto, muerto muerto.
Ya en la tapa
de tu ataúd hay seis clavos
que la clavan
que para siempre la clavan.*

Rafael Alberti
Roma, diciembre 1970.

Desde alguna de sus residencias italianas, el poeta comunista dispara contra Franco; para él, como para los resentidos de ambos bandos, la guerra no ha terminado. Pero España vive otra lucha, mucho más sorda. Incluso, las escaramuzas entre el régimen y los separatistas vascos sirven a otros fines. Por ejemplo, gracias al proceso de Burgos —al que dieron vasta publicidad las agencias norteamericanas—, el Viceprimer Ministro Carrero Blanco ha escondido los trapitos del *affaire* Matesa, en el que aparecen envueltos varios miembros del Gobierno.

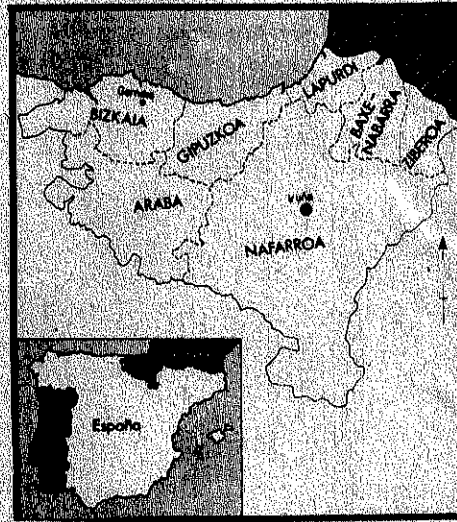
Pero el nudo se tejía en las condenas de Burgos, la liberación del Cónsul alemán —producida el día de Navidad—, la respuesta de los enardecidos vascos si hay penas de muerte. Hasta el fin de la semana pasada, ETA demostró madurez revolucionaria o una simple precariedad de recursos; luego de 24 días, soltó al diplomático sin pedir nada a cambio. Una muestra de piedad, casi un deseo para que Franco observara un gesto recíproco. Olvidan que Franco es gallego y que, además, todavía debe estar envuelto por la euforia de las demostraciones populares.

EL OPUS PIERDE FUERZA

Llevaba su camisa azul y la bandera, el aire marcial de antaño y los premios de la guerra. Como entonces, tenía el bigote fino y la voz firme; olvidaba, quizá, que habían pasado 30 años

Atrás, otros hombres iguales, más de 500, alzaban pancartas y cartelones. "Dios nos libre de los Gobiernos débiles", clamaban; durante cuatro horas, vociferaron; "Franco sí, Opus no".

No había forma de distinguir a los falangistas de la primera hora de los que se acercaron luego, cuando el carro de la victoria entró en Madrid. Sólo importaban esas hojas que repartían mimeografiadas. "Ha llegado la hora —anunciaban— de volver la espalda a la camarilla gobernante que está dando ocasión para que los comunistas encuentren a diario motivos de descontento y de agitación. Basta ya de claudicaciones y trapicheos. El pueblo está contra los separatistas vascos, pero también contra los escándalos financieros y contra los tratados militares y comerciales humillantes. Hoy, no se apo-



La zona vasca de la discordia.

al Gobierno, hoy se pide justicia con la ETA, pero también con Matesa".

Una desconocida Junta Coordinadora de Afirmación Nacional —la misma que desde hace un mes parece haber reemplazado la Secretaría General del Movimiento Nacional— rubricaba los panfletos. Otros, más escuetos, se habían regado por las calles de Madrid y encontraron espacio en algunos diarios; invitaban a la manifestación para "demostrar al mundo que somos muchos más los que preferimos el orden y el trabajo que los que sólo saben destruir".

La radio y la televisión habían contribuido para nuclear a la muchedumbre alrededor de la Plaza de Oriente, Frente al Palacio Real. Casi 150 mil personas gritaban a voz en cuello, una multitud semejante a la que 22 años antes se atosigara para saludar a María Eva Duarte de Perón.

Allí estaban los provincianos, que llegaron en los ómnibus pagados por las asociaciones de ex combatientes; matrimonios bien trajeados, sus hijos; comerciantes y empleados públicos, a los que se les había ahorrado una hora de trabajo por decreto. Todos agitaban pañuelos con letreros de "Orden, paz y justicia"; algunos padres pacíficos exigían "fusilar a Izoa", "la ETA al paredón" o "la ETA a la puñeta". En suma, todos vitoreaban "Franco".

Los jefes y oficiales de las guarniciones madrileñas, vestidos de civil, se codeaban con sacerdotes de largas sotanas. Un grupo de jóvenes invitaba: "Vaticano, une a los matrimonios italianos y no desunas a España". Otras pancartas entusiasmaban a los curas de redondo estómago y sonrisa bonachona; sostenían: "Queremos una Iglesia santa, no Obispos politizados" o "No a los Obispos rojos". Era, sin duda, una jornada hermosa; y, además, con la parte más sana del pueblo.

El Caudillo, por supuesto, se hizo esperar. Uno de sus colaboradores debió telefonarle con urgencia: "Si no viene —le dijo—, la gente creerá que está grave o muerto". Fue el argumento decisivo. Luego de salvar los diez kilómetros que separan el Palacio del Pardo de la Plaza, el anciano se asomó con paso vacilante y voz inteligible. "Tenemos una Constitución —recuerdo—, o sea que tenemos solución para todos los problemas." Y la multitud repetía: "Franco, Franco, siempre contigo". Pero a nadie se podía invocar; el tiempo pasa, los milagros no existen, el destino es inexorable.

El viejo himno falangista "Cara al sol", cruzó la Plaza. Todos reiteraron el saludo fascista. "España una, grande y libre", murmuró Franco. Y la muchedumbre contestó: "Viva España". Los mismos símbolos, los mismos gritos, las mismas canciones. Pero, ¿hasta cuándo todo seguirá igual? Esa gente, enclada en la Guerra Civil de hace 30 años, pronto quedará huérfana. Nadie podrá volver a reunirla, ni siquiera esos Ministros tecnócratas que se han puesto al margen del proceso de Burgos, pero que no han podido evitar el proceso Matesa. Para sus oídos, los más beligerantes proclamaban: "Opus no", "Limpieza general". Laureano López Rodó, a cargo del Plan de Desarrollo, se tomó oportunas vacaciones; el brillante Canciller Gregorio López Bravo se fue de visita a Portugal. Quienes planearon las triunfantes manifestaciones como válvula de escape para falangistas y "duros", erraron el camino: el acto de Madrid, por ejemplo, se transformó en una protesta con-



Olé, gritan en las tribunas cada vez que la abeja vasca pica al toro.

tra el Gobierno de los tecnócratas. Cada vez que Franco necesita respaldo popular, apela a la Falange, el único grupo con una ideología política capaz de movilizar a las masas. Luego, por supuesto, el Caudillo posterga a esos líderes, los traiciona. Ha sido una constante en la política española.

Esta vez, se insinúa, deberá alejarse de los paternalistas y aristocratizantes miembros del cerrado Opus Dei. Reorganizará su Gabinete; no ahora, a ver si se piensa que los cambios son provocados por las presiones internas o externas. Sin embargo, pocos dudan, la gestión de los tecnócratas será reemplazada por una de concentración popular, en que abundarán los históricos falangistas y los movimientos de la ultraderecha, como la Fuerza Nueva encabezada por el notario Blas Piñar.

Las futuras remociones preocupan a Washington. Sus mejores aliados, los cofrades del Opus, pierden fuerza. Los admiradores del capitalismo, que facilitaron las inversiones norteamericanas desde que treparon a las carteras influyentes, están en la cuerda floja; a los Estados Unidos, que en poco tiempo han comenzado a controlar amplios sectores de la economía española —industria siderúrgica y química, refinerías de petróleo, fábricas de automóviles, centros de alimentación, grandes almacenes—, les será difícil dialogar con militares y hombres de la Falange.

“Laureano López Rodó tiene extraordinarias dotes de político y profundos conocimientos como economista”.

señaló David D. Kennedy a su regreso a la capital norteamericana, luego de su visita a España. Patrocinaba a la eminencia gris del equipo de tecnócratas que rodea a Franco y se postula para continuarlo. “Será la figura política de los próximos 20 años”, añadió el Secretario del Tesoro. Los elogios de Kennedy se justifican: está vinculado a la estructura bancaria y pertenece también al Opus Dei.

Por su parte, López Bravo cuenta con simpatías en los medios económicos de USA. Durante siete años, como Ministro de Industrias, ayudó a implantar empresas norteamericanas; al hacerse cargo del Ministerio de Relaciones Exteriores, no se olvidó de sus amigos; en agosto del año pasado renovó el arriendo de las bases atómicas de Torrejón y Rota a los Estados Unidos.

El “mini estado de excepción”, establecido el lunes 14, no sólo trata de desmembrar a la oposición — se han debido esconder todos los dirigentes sindicales y estudiantiles—, sino que pretende robustecer los resortes del poder para consolidar un operativo político: para mediados de 1971 se estima la coronación del Príncipe Juan Carlos.

Se repetiría la maniobra del primer trimestre de 1969, cuando los tecnócratas utilizaron el estado de excepción para nombrar el sucesor de Franco. Pero esa posibilidad, que salvaría al Opus Dei de la crisis, encuentra varios obstáculos: la ardiente oposición de la Falange, el descontento militar y las consecuencias del *affaire Matesa*. ⊖